



REDACCION Y ADMINISTRACION,  
Compostela, número. 71 (entresuelos.)

## SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,  
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA.  
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25.—UN AÑO, \$10.  
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 6 DE MARZO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR.  
TRES MESES, \$3.75.—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75  
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 18.

### SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan PALOMO.—El hombre de la insurrección, por Juan el PERDIO.—De ambos sexos, por Juan de AUSTRIA.—Charla teatral, por Juan LANAS.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John-BULL.—Pábulas, por Juan SIN-MIERDO.—Cuentos de manigua, por Juan SIN-TIERRA.—Sartenazos.—Geroglífico.—ANUNCIO.  
CARICATURAS, por D. JUNIPERO.

### MENESTRA SEMANAL.

Aún resuenan en mis oídos los últimos acordes del vals, las postreras notas de la polka íntima, el candencioso compás de las dancitas y el murmullo de las alegres máscaras; por eso no es extraño que empiece hoy ocupándome de algunas bromas, pero bromas pesadas.

Veamos si hay exageración en lo que digo. Un tal Goicouria, fabricante de expediciones malogradas y comerciante con cara abierta, para que la vergüenza pueda salir á todas horas con comodidad, había tenido en varias ocasiones pujos de valor para venirse hácia estas tierras y hacer y acontecer.

—Qué apostamos, decía, á que reúno una legion, cojo un barco, nos vamos allá y conquistamos el país en un abrir y cerrar de ojos?

—A que nó?

—Venga money y hablaremos.

Y parodiando aquel dicho de un cómico: «Hubo Junta de médicos,» y efectivamente, á las dos horas se murió el enfermo, podemos decir que corrió el dinero en abundancia, se reunió la gente, los soldados, llenos de entusiasmo y de brandy, se rompieron algunas veces el bautismo contra las esquinas de Nueva-York; humearon los vapores; se gastaron muchas toneladas de carbon, y efectivamente, Goicouria no vino jamás.

—Es mucho valor el de este hombre, decían sus apasionados, no solamente sabe vencer á sus enemigos, sino que sabe vencerse á sí mismo. Está rabiando por ir allá, y sin embargo, se vence á sí propio y no vá.

Y en efecto, no venía.

Pero una vez, cerquita del Carnaval, se disfrazó de héroe, y aunque el traje le venía bastante ancho, se encontró tan bien con él, que se decidió á probar fortuna.

Navegaba en un buque de vela: el barquito, anda que andarás, se hacía mar adentro con rumbo á estas costas.

Una mañana subió Goicouria muy preocupado á la cubierta.

—Capitan, dónde vamos? preguntó.

—A dónde hemos de ir, á Cuba!

—Pero no se detiene Vd. por ahí en un puercecito á tomar carbon?

—Qué carbon, ni qué ocho cuartos! si con el que hay á bordo sobra para guisar dos meses.

—Torpe de mí! es verdad: no he cometido mala torpezameténdome en un barco de vela. Aquello de los vapores era muy socorrido; necesitaban carbon, entraban en un puerto cualquiera, nos detenían, y se acabó la función. Ese pícaro Aldama tiene la culpa, con no haberme dado bastante dinero para fletar un vapor. En buen berengenal me he metido!

Y el barquito navegaba silencioso hasta que un día ¡cataplum! los expedicionarios y su gente se encontraron en tierra cubana, por casualidad; pues si el buque no embarranca, sabe Dios á dónde hubieran ido á parar ántes que venir aquí.

Conoció yo un sujeto tan previsor, que una vez que estaba construyendo una casa, mandó hacer en la puerta un agujero para que saliese la gata, y á su lado otro agujero pequeñito para que saliesen los gatitos.

Se conoce que Goicouria no tomó lecciones de ese individuo, si no hubiera hecho un agujero grande para que escapase el barco y otro para escaparse él.

El barco escapará probablemente de que lo fusilen, pero lo que es él, no sé qué les diga á ustedes.

Dicen que en el estrecho círculo en que lo tienen cercado las tropas que lo persiguen, se morirá de hambre. Lo dudo mucho; es capaz de comerse á sí mismo.

En otras ocasiones ha tenido tanta ó más hambre, y se ha comido á Aldama por un pié: natural es que encuentre más sabrosa su misma carne que la de Miguelito.

Al mismo tiempo que los españoles hacemos un recibimiento tan espléndido á Goicouria, que lo estamos buscando con afán y poco menos que con un candil, para colocarlo en el elevado puesto que merece; doscientos cubanos se han reunido en Wáshington con banderas, músicas y otras sinvergüenseras, para festejar á su caudillo Quesada.

—Por qué no acudió su marido de V. á la recepción del general? le preguntaron á cierta dama mambisa.

—Lo hice estarse en casa por temor; pues como dicen que Quesada es tan aficionado á las reses.

La C. Emilia C. (esta mujer tiene las C. C. por delante y por detrás) la infatigable bordadora, la impertérrita pendoneadora, la incansable banderillera, la contumaz estrelladora de la causa cubana, vuelve á exhibirse en forma epistolar.

Entre las varias cartitas que ha lanzado al espacio, tengo á la vista una en que dá gracias á todo el género humano.

Es achaque antiguo en las personas esa propensión á dar generalmente lo que ménos se tiene.

Pues sí; Doña Emilia dá las gracias al Padre Healy, cura de la iglesia de San Bernardo, por haberle proporcionado algunos niños.

Doña Emilia, por Dios! tenga V. cuidado con lo que escribe ó dice: no vé V. que con tal declaración puede sufrir la reputación de ese Padre?

Dá gracias á otro por haberle prestado luces.

¡Bastante falta le hacían!

A otro que le facilitó adornos, no sé si para ella ó para su marido; y en fin, todos sacan alguna cosa en el reparto.

Papeles son papeles,  
cartas son cartas;  
documentos mambises,  
todos son farsa.

Y aquí tenemos uno titulado:

«Disposiciones que han de observarse en este campamento (ingenio de las Parras) por los individuos de la brigada del Oeste, y penas que se impondrán á los que á ellas faltaren,» que es un reglamento suave hasta dejarlo de sobra.

«Si en reyertas alguno de los contendientes hiciere uso de armas causando alguna herida, será pasado por las armas.»

Así simplemente y como quien se bebe un vaso de agua, fusilan lo mismo al que hace un rasguño que al que abre en canal á su prójimo.

«Será pasado por las armas todo el que procure desanimar á las tropas.»

Me parece que nadie sufrirá esta pena: no hace falta desanimarlas. Si fuera animarlas, ya sería otra cosa.

«Se sujetarán á Consejo de guerra á los que cojan caballos, azúcar, puercos, etcétera, PUES ES PRECISO CORTAR LOS MIL ABUSOS QUE SOBRE EL PARTICULAR SE HAN ESTADO OBSERVANDO HASTA EL PRESENTE.»

A confesión de parto....

Encuentro que es el artículo más tirano. No pueden cojerse puercos! Hombre, hasta privan de cojerse unos de otros del brazo!

«Todo centinela que se encuentre dormido, será pasado por las armas»

Lo mejor sería fusilarlo al relevar á su compañero, para evitar que le entrase el sueño.



«Queda prohibido toda clase de juegos en que medien intereses; y el de naipes de ningún modo.»

Es decir que no está prohibido de ningún modo el de naipes?

Entonces los prohibidos serán exclusivamente los juegos de manos, en que medien intereses.

El interés de escamotear algún realito, por ejemplo, o el de romperse el bautismo.

Como ustedes ven, la principal tendencia del código es precaver la ociosidad; puesto que cumpliéndolo con exactitud, les ha de venir escaso el tiempo para fusilar gente.

Los mambises, como no pueden pasar por valientes, ni pasar adelante, ni pasar..... bien, ni pasar de tontos, se contentan con *pasar* por las armas, y así van *pasando*.

JUAN PALOMO.

## EL HOMBRE DE LA INSURRECCION.

FOTOGRAFIA DE QUESADA.

No hace muchos días se esforzaba nuestro apreciable colega *La Voz de Cuba* en decir que la insurrección no tenía jefe, porque no había encontrado su hombre; y adujo pruebas convincentes. La insurrección está como el cuadro del artista que pintó últimamente en España un cuerpo con el manto y la púrpura real, dejando en blanco la cabeza para retratar al rey que venga; era cuestión de ganar tiempo.

El *Diario de la Marina* del domingo salió a desmentir a *La Voz de Cuba*, para probar que la insurrección había encontrado su hombre; y lo peor para ella, que después de encontrarlo lo había perdido.

El documento núm. 57, hallado en el baul del marqués de Santa Lucía, es una preciosa fotografía de tamaño natural; no hay artista en el mundo que sea capaz de robar el parecido, la verdad, en una palabra, al espejo; pues bien, el documento número 57 es el espejo de Quesada, Generalísimo y otras cosas de la revolución cubana. No hay en la paleta de los Murillos y Velazquez ni colores ni rasgos que determinen la exactitud de una fisonomía como en esas líneas trazadas por el dedo *personalísimo* del que desea darse a conocer y entrega su cara al azogue de la luna, y deja adivinar su conciencia y sus secretos y su fibra y sus instintos. ¡Ese es Quesada! exclamé yo; ¡no puede ser ese más que Quesada!

Hay seres que imprimen carácter a su época y gozan del triste privilegio de pasar a la posteridad, más o menos glorificados, pero *inmortales*: hé ahí la *Mesalina* de Roma. Dados los antecedentes de la actual insurrección, dados los consecuentes, no hay que echarse a buscar su hombre. Ahí está el documento número 57; ahí está el manifiesto AL PUEBLO, hecho por Quesada; ahí está la representación elevada por él a la Cámara (oscura); ahí está el hombre! Dice el refrán que al buey por el asta y al hombre por la palabra. ¡Cabales! Vamos a oír a Quesada; tiene un *pico de oro*, y no valen alusiones personales, ni equívocos de mala ley cuando se trata de personajes que hacen época.

Diógenes prestó su candil a Goyeneche, y andando por los campos del Camagüey, encontró escondido en el baul de Santa Lucía el hombre de la insurrección; porque no es, porque no podía ser otro más que Quesada, el alma de ese cuerpo roído por la laceria. Pero ¡ay! por desgracia el hombre se ha dado a conocer demasiado tarde, y al morir para la insurrección, ha dado el cachete a la res que agonizaba. ¡No has pasado la vista, querido lector, por el documento número 57? No encierra el archivo de Simancas, con toda su riqueza, líneas más preciosas; es un dato *preciso* para la historia de Cuba libre. Cuando riñen las comadres se dicen las verdades.

¡Qué cosas le ocurren al general en jefe del ejército cubano! Desde *Jagüeyes*, punto que se pierde en el mapa de la Isla como se pierde el sentido común entre las profundidades de la idea de Quesada, se redactó su manifiesto; él se olió la quema, como suele decirse, y viendo que querían jugarle una mala pasada, levantó

la voz para hablar al pueblo, que tiene siempre la paciencia de oír cuantas sandeces se le dicen. Y poseído del gran papel (de estraza) que venía representando en el *pasillo cómico* de la revolución, con entonación levantada exclamó:

«Ninguna revolución *más brillante* que la nuestra, no solo por las inmensas ventajas con que la naturaleza del país favorece nuestro triunfo, sino principalmente por la rapidez con que ha procedido la legislación *sin mengua* del acierto y del juicio; pero después de haberse establecido y deslindado las funciones de los *poderes del Estado* y de sus variadas ramificaciones, conforme a los adelantos de la ciencia y las existencias de la época, creí sin embargo, que debía moverse la máquina del gobierno a medida de las necesidades del momento. Yo no desconozco que llaman la atención de un modo extraordinario un pueblo en armas, *gobernado en medio de los bosques* por un organismo completo de autoridades en todos los órdenes administrativos.»

Todo eso es muy bonito; la *brillantéz* de la revolución es un chiste; lo del gobierno en *medio de los bosques* sería una verdad por lo que al *local* se refiere, si existiera el gobierno; pero exista o no, hay otra gran verdad retratada en la forma y en el fondo del manifiesto. A Quesada se le figuraba que la Cámara no estaba tranquila con respecto a él, y él confiesa que no podía ser General en Jefe sin permitirse no hacer caso de la Cámara para nada porque para moverse en provecho (¿suyo?) necesitaba un *poco de beneficiosa extralimitación*. ¡Qué magnífico frase! ¿Queréis aprender a gobernar? ¡Pues abrid los ojos y sobre todo las orejas! Dice Quesada al pueblo:

«La extralimitación es una necesidad en ciertos casos, aun en los gobiernos bien consolidados, en épocas tranquilas, y una condición de vida en los días calamitosos.»

Dedúcese de este manifiesto, que Quesada, reconociendo la farsa de los histriones de la manigua, quería ser solo y arreglar el gobierno de los bosques en provecho propio, lo cual parece consiguió, a ser verdad lo de los *cuarenta mil pesos* que se ha llevado a Nassau. Concluido su trabajo, que para apreciar bien es menester leerlo todo, lo puso en manos del sabio Zambrana, el cual no creyó conveniente presentarlo a la Cámara, porque en el *alto puesto* que ocupa y en la fantasmagoría de su mente creyó ver en el cuatrero Quesada, nada menos que a Bonaparte queriendo disolver el Consejo de los Quinientos. ¡Pobre imaginación enferma la de Zambrana! ¡Los simples de la manigua no se disuelven con las tonterías de Quesada, sino con el humo de la pólvora que ataca a sus componentes!

El Bonaparte de pega, viendo que pasaba el tiempo, y que su prestigio sufría, reunió una Junta en el Horcón de Najaza, como si dijéramos, al pie de una seiba, y delante de diputados de la Cámara, jefes del ejército, empleados civiles y muchos particulares, dejó sobre la mesa una manifestación. Y lo raro del caso es, que la Cámara era un mito, los jefes una ilusión, los empleados civiles una burla, los particulares una particularidad mas, y para que todo fuese mentira, la mesa era el tronco de un mango; lo único que hay de verdad es la manifestación, que debe imprimirse en letras de oro para que todo el mundo la aprecie y sepa a qué atenerse en materias de importancia de los hombres y las cosas de la insurrección cubana. Quesada era el hombre de acción, el brazo, el alma del movimiento, la esperanza de los soñadores; ¿queréis conocerlo? Leed ese documento que vamos a publicar en extracto porque no cabe en nuestro periódico; damos de él la quinta esencia, pero sin alterar las ideas que contiene. Es tan precioso el trabajo, que por mucho que se destiña, dejará siempre huella de su color. Pedimos inspiración a nuestra musa para ser fieles narradores; y al abrir la puerta, como el que suelta el toro a la plaza, decimos: ahí va la manifestación de Quesada:

Señores: Ante ustedes, apóstoles a lo Judas, vengo a abrirme el corazón para que me conozcan y me digan por donde puedo escapar, en vista de las circunstancias que nos rodean.

Un año hace ¡cá! muchos años, que andaba yo rodando por el mundo, huyendo de los alguaciles del Camagüey, embozado en mi poncho, gozando con los aires *libres* que quería enviar a mi patria; pero mis paisanos sabían que yo era un campesino rudo é ignorante, y algo más, y los periodistas españoles, que me habían visto el juego, sabían que era un ban-

dido mejicano; pero hace un año que los revolucionarios de aquí, impotentes y sin tener de quien echar mano, me trajeron para salvar el país, y vine cargado de mentiras y de maldades para imprimir carácter a una insurrección que solo podía adelantarse con un hombre como yo.

Aquí contraí dos solemnes compromisos: defender las leyes de la república y entregar mi espada triunfante en el Capitolio de los libros; la república me conoce, y por eso me guiña el ojo; mi espada la dejé en Cubitas. ¿Qué más? ... Ahora bien, para gobernar es preciso o dar un puntapié a las leyes o romper de nuevo mi espada, porque el triunfo de nuestras armas no puede obtenerse sin ahorear los principios.—Voy a probarlo.

Tenemos un ejército que lleva un año sin servicio, sin paga, sin equipo, sin zapatos siquiera; las leyes mandan que se exima del servicio a la mayoría. ¿Obedezco la ley o licencio el ejército?

El ejército y sus familias, y yo sobretodo, necesitamos comer; las leyes no me dan con qué; si yo no *cojo* los novillos de los particulares para comer todos, nos moriremos de hambre. *Necesitas caret legis*. Si mi camisa está rota y el vecino tiene dos sanas, le quito una a la fuerza. Esto lo aprendí en mi juventud. ¿Qué hacer? ¿Tener miedo al Código penal (del cual he sabido siempre burlarme) o mandarlo a paseo y buscarnos la vida *honradamente*?

El ejército necesita zapatos y pertrechos y muchas cosas que solo yo sé buscar porque sirvo para todo. ¿Qué hago? ¿Cumplo la ley o no la cumplo? ¿Haremos la guerra con pólvora o sin pólvora? Pero ¿a qué cansar con ejemplos que son tan numerosos como numerosas las necesidades del país y de la situación? Baste saber que cada paso que doy en el sendero de mi deber y de acuerdo con mi conciencia, es una extralimitación en el sentido de la ley, es un abuso según las disposiciones vigentes. Quiero defender las leyes, y como no hay guerra posible en este país, en las actuales circunstancias, con semejantes leyes, vengo a hacer una sencilla pregunta que sea solución del intrincado dilema: ¿Qué quieren ustedes, leyes o libertad? (¡Chúpate esa!) ¡Ahí vá mi espada!

Esto quería decir en buen castellano: ustedes son unos tontos y yo un pillo; pero cuando iba la dimisión, venía la destitución, porque entre bobos andaba el juego. La Cámara, que recibió un bofetón del General en Jefe, le devolvió un puntapié. ¡Y así anda ello!

Pero es preciso convenir en que la insurrección se ha suicidado, como aquel tísico que se ahorcó al convencerse de que su mal no tenía cura. Una insurrección que ha atropellado todos los fueros de la justicia y de las leyes, que no tenía más fundamento que el pillaje y el vandalismo, necesitaba de un agente como Quesada; y por eso lo escogió como brazo de su idea. La insurrección no puede vivir sin Quesada, porque Quesada era su hombre; leed el documento en cuestión, leed los fundamentos de la revolución de Yara, y vereis que las palabras del General en Jefe son la síntesis de la segunda. ¡Para el crimen, un criminal! ¡Para la mentira, un tramposo! ¡Para la insurrección de Cuba, Quesada y solo Quesada!

Quesada era el hombre. Sin él, pueden escribirse en la lápida de la insurrección estas tres letras: R. I. P.

JUAN EL PERDIO.

## DE AMBOS SEXOS.

—Buenos días, vecina.

—Hola, Doña Mónica! cómo vá?

—Ya lo puede V. ver: hija, pasando la pena negra con estos muchachos, que son de la misma piel del demonio: ¿cómo podrá V. creer que Panchito, el mayor, llevaba una estrella bordada en el forro del chaleco?

—Pues cuidadito con eso, que las estrellas tienen ahora unas puntas que hieren al que las lleva.

—Eso es lo que yo les digo, y lo mismo mi pariente: ¿qué necesidad teneis de mezclaros en nada? lo que os tiene cuenta es trabajar para que os den un buen jornal y coméroslo con tranquilidad en casita. Ya he conseguido convencerlos de que todos los *insurrectos* son unos perdidos. Mire V., yo les aborrezco, por



que han quitado á mi marido de ganar muy buenas onzas; pero no dejo de conocer que los pobres también están pasando mil trabajos.

—Doña Mónica ¡por Dios! no compadezca V. á esa canalla, que bien merecido tienen todo lo que les está pasando.

—Tiene V. razón, hija, tiene V. razón; quién vá á tener lástima de esa gente! Los que me parten el corazón son los pobrecitos soldados españoles; ¡ay, señora! qué trabajos pasan; y luego, como dicen que los mambises son arriesgados, están continuamente peleando.

—Por Dios, señora, no diga V. esos desatinos: los mambises no hacen más que huir, y eso es lo más sensible.

—Eso digo yo, si á lo ménos dieran la cara; pero que si quieres! desde el monte hacen una descarga, matan á centenares los españoles y luego la del humo.

—Qué han de matar á centenares! lo que hacen ellos es huir y nada más. ¿Quién le dá V. esas noticias tan equivocadas?

—D. Tadeo, que es un señor muy rico y muy formalote, como que habla muy mal de los mambises y dá dinero para todas las suscripciones. El era muy amigo de Aldama; pero es lo que él dice, cada uno es cada uno y cada cual piensa con su cabeza; y si Aldama quiere tirar el dinero, que lo tire; después de todo, no hace más que una obra de caridad, dando de comer á esa gente que se está muriendo de hambre.

—Doña Mónica, que está V. diciendo? es V. insurrecta?

—Hija, ni lo mande Dios: yo soy española hasta la punta de los pelos. Y diga V.; ha oído lo que ahora dicen?

—Nó; pues qué hay?

—Ay! pues ya sabe V. que estoy asustadísima: dicen que los voluntarios van á degollar á todos los que no sepan hacer el ejercicio de fusil.

—Mujer, no diga V. atrocidades. ¡Jesús María y José! qué desatinos!

—Yo voy á hacer que mi marido se apunte para voluntario, porque así está una más segura y no hay necesidad de tener á todas horas el Credo en la boca.

—Valiente apunte estará su marido de V.

Dime, lector, has conocido al laborante *hembra*? pues ahí vá el *macho*.

—Señor D. Zenon! cómo vá?

—Mal, hombre, muy mal. Esto se presenta muy oscuro y no sé en qué hemos de venir á parar.

—No hay tal cosa. Las noticias del interior son buenas, la insurrección está agonizando y en la Habana ya vé V. como renace la confianza. Buena prueba de ello es la animación que ha reinado este Carnaval, en el que la gente se ha divertido sin contratiempo alguno.

—Si; pero esto no está bueno. Las noticias alarmantes se suceden unas á otras. Ya vé V., ahora dicen que van á volar el castillo del Príncipe!

—Patrañas, D. Zenon, patrañas.

—Sin embargo, yo no las tengo todas conmigo. Cómo quiere V. que esté tranquilo, cuando por la cosa más insignificante le pasa á uno...? por nada, por un grito.

—Pero qué clase de grito?

—A un individuo se llevaron preso porque gritó solamente.

—Pero qué grito?

—Nada, cualquiera tontería: viva..... yo no sé quién, algún majadero.

—Vamos, ya entiendo: algún viva subversivo; y eso le parece á V. poco?

—Nó; pero lo cierto es que hay una intranquilidad muy grande, que los negocios están paralizados y los capitales retraídos.

—Pero, hombre de Dios, V. que es capitalista, por qué no influye con su actitud y su marcha en los negocios, á que renazca la confianza?

—Yo he mandado mi capital á Nueva-York, y estoy realizando á toda prisa lo que tengo por aquí.

—Pues V. y los hombres como V. son los que traen la alarma y el desasosiego con esas alarmas infundadas.

—No diga V. eso, hombre, no diga V. eso. Puedo yo hacer más que estar en mi casa recogido y dar dinero para todas las suscripciones que se presentan?

—Valiente puñado de moscas! Lo que debía V. hacer es entregarse con entera confianza á los negocios, salir á paseo como hacía V. antes y no asustarse tanto.

—Si; y que me peguen un trabucazo.

—Pero dónde están esos trabucazos, señor mío? Yo veo que la gente sale y entra por la noche y se mete en la cama tan enterita como se levantó.

—Tienen ustedes una inteligencia obtusa y no ven claro. Esto está mal, muy mal: dicen que arderá media Habana: ¿cómo quiere V. que esté tranquilo?

—Ha perdido V. la chaveta, D. Zenon.—¿Es V. laborante?

—Ni lo mande Dios: aborrezco de muerte á esa gentuza; pero qué quiere V.; me hago cargo de todo y veo que estamos mal, muy mal.

Mucho ojo, lector, mucho ojo con los varios D. Zenones que andan por esos barrios.

Mucho ojo! porque debajo de una mala capa se puede ocultar un laborante muy fino.

JUAN DE AUSTRIA.

## CHARLA TEATRAL.

### CONCIERTO DE LA SEÑORITA CORTÉS.

Supongamos, señor lector, que llama á las puertas de usted una voz tierna como los cantos de las avecillas cuando saludan la alborada, ténue como el gemir de la brisa entre las ramas y misteriosa cual los suspiros de un alma enamorada; supongamos eso, y aún adelantemos en la suposición al extremo de oír que al —¿Quién llama?—que han pronunciado sus labios de usted, esa voz ha dicho:—Una artista española que necesita del apoyo de sus compatriotas para seguir en la carrera artística que ha elegido, y que confía no quedar desairada en su pretensión.

Supuestas todas estas cosas, vamos á ver, ¿me equivocaré yo al afirmar que usted, que abriga alma generosa y noble corazón, no ha desoido la queja de la artista necesitada?

No es menester que responda á esta pregunta con palabras: lo ha hecho usted con pruebas palmarias, y eso es más grato.

Usted ha sabido que María Cortés era española, que tenía y tiene talento y facultades y que necesitaba protección, y sin pararse en mientes, ha marchado al teatro en la noche del juéves, y ha ocupado un puesto en las localidades de Tacon, contribuyendo con su persona al lleno que había en el coliseo y que tan necesario era para la artista.

Bueno, hombre, bueno; siento que desde las columnas de este periódico no pueda hacer otra cosa que dirigirle la palabra, en lugar de alargar mi mano para estrechar la de usted en señal de agradecimiento; bueno y retribuido: así es como proceden las almas nobles. Gracias en nombre de todos, en nombre de España, en nombre de Mariquita Cortés.

Y á la verdad que el teatro estaba encantador en la noche que he citado: las más distinguidas damas de la sociedad habanera se habían dado cita para ese lugar, y cada palco era un receptáculo en que se hermanaban la belleza, el lujo, la elegancia y la gracia española, que no tiene competidores. Era el teatro un hermoso jardín, en que competían en encantos las flores más preciosas y codiciadas de esa floresta que se llama sociedad habanera. Prescindiendo de citar nombres, por muchas razones, y la primera y principal porque no los diría todos y en eso pecaría de injusto.

Se alzó el telón, y se representó *El joven audaz*, pieza de mi amigo Eusebio Blasco, y está dicho todo.

Cayó aquel, y volvió un poco más tarde á presentarnos el palco escénico.

Eran María Cortés y Lorenzana quienes se encargaron de abrir la marcha á la parte principal de la función, al canto, y lo hicieron ejecutando un dúo de *Rigolletto*. Verdi, dígame lo que se quiera, es un gran maestro: en medio de ese lujo de instrumentación y ruido, entre ese conjunto de armonías con que ha dotado á la música italiana de una escuela que encuentra imitadores, tiene melodías delicadas, cantos llenos de ternura y pasión, que transportan el alma y le hacen estremecerse á los deliquios del sentimiento. El dúo que cantaron los artistas citados, pertenece á este número, y si hermoso es por la composición, no lo fué ménos por la ejecución.

El Sr. Lorenzana es ya conocido de este público, y

esto me releva de tener que hablar de él. No así la señorita Cortés. De rostro agraciado y gallarda presencia, tiene una voz dulce que penetra en los oídos suavemente, y conmueve las fibras del corazón. Más agradable en las notas bajas, que emite sin esfuerzo de ninguna clase, que en las altas, que ataca con cierto temor, es una *mezzo-soprano* para quien el mundo del arte guarda coronas y aplausos, ovaciones y honra.

Vanderguth tocó después unas variaciones en el violín, el rey de los instrumentos, y las tocó tan bien y con tan delicado gusto, que aunque no le hubiese acompañado al piano el señor Arquimban, contribuyendo á su mayor lucimiento, habría arrebatado al público.

La Cortés, Reinés y Lorenzana, dieron fin á la primera parte con el terceto final de *Hernani*, que quizás hubiese alcanzado mayor perfección, á no bajar un punto la orquesta y causar ciertas vacilaciones, que no me hacen vacilar en decirlo.

¡Pobres mujeres! es muy graciosa, pieza y el señor Navarro se distinguió mucho en ella, como se distinguieron la señorita Cortés cantando la romanza de las joyas en el *Fausto*, de Gounod, y Reinés también en una romanza, la de tenor en la *Traviata*.

Pero el broche de oro de la función fué el gran *miserere* del *Trovador*, ese arrebatador gemido de dos almas enamoradas, que lloran ausentes, que se oyen y se anhelan, pero á quienes separan los fuertes muros de una prisión. En él la señorita Cortés se mostró tan artista dramática como lírica, conmoviendo con su acción, seduciendo con su canto. Reinés, en su breve parte, y el cuerpo de coros del señor Gaztambide, contribuyeron al brillo de esa pieza, la mejor sin disputa que se cantó el juéves y la que mayores aplausos ha valido á los ejecutantes.

Con el *miserere* del *Trovador* concluyó el concierto.

Dos palabras, y yo también doy fin á esta reseña, que ni tiene las pretensiones de una revista ni las ínfulas de un juicio crítico.

El pueblo español de la Habana, que tantas pruebas de generosidad y entusiasmo tiene dadas, ha puesto el sello á sus buenos sentimientos con ese concierto. Sabía que la señorita Cortés necesitaba de su apoyo, y acudió á ofrecérselo, llenándole las localidades del teatro.

¡Que Dios premie su buena acción!

JUAN LANAS.

Un desconocido nos remite la esquelita que á continuación insertamos, para que se comprenda la importancia del viaje á la Australia que propusimos. Héla aquí:

«Amigo JUAN PALOMO: quiero ir á Australia á enseñar á aquellas pobres gentes las excelencias del verbo besar.

«No es verdad que aquellos seres no deben sentir y amar como nosotros, porque desconocen el placer de los placeres? ¡Infelices! ¡Ellos no habrán sentido nunca latir violentamente el corazón á impulso del beso maternal! ¡Nunca habrán sentido arder su mejilla al recibir un amoroso beso! ¡Nunca comprenderán los placeres del beso fraternal! ¿No es cierto que su situación es tristísima? ¿Puede alguien imaginarse que exista una madre que no haya nunca posado sus amorosos labios sobre las mejillas de sus hijos? ¿Existirá un amante que no haya impreso un puro ósculo de amor en la mano de su amada? ¿Habrá dos hermanos que no se hayan besado? Yo no puedo creerlo, no es concebible.

«¿Qué es el beso?

«Hé ahí una pregunta difícil de contestar.

«Recurramos al diccionario y veamos lo que dice: «Beso.—Acción de besar.—Golpe violento que mutuamente se dan dos personas en la cara ó en la cabeza etc.

«Pero yo no me conformo con esa definición, prefiero la de un poeta, cuyo nombre no recuerdo: «El beso es un perfume del alma,» porque es la verdad.

«Hay besos que encierran todo un poema de amor, de lágrimas ó de dicha.

«Hay besos que destrozan el alma, que nos colman de ventura, dulces y amargos, de ángel y de Judas.

«Otro día trataré de describirlos. En cuanto á mí, os aseguro que si los rosados labios de una joven, estampan en mi rostro un beso, soy capaz de volverme loco.

«Sus! ¡á Australia!

«Poco tiempo nos bastará para introducir la costumbre del beso en aquel país, y entonces habremos hecho una obra de caridad tan meritosa como la primera, y habremos conquistado..... la inmensa dicha de poner nuestros labios donde nadie jamás los puso.

«Cuenta, pues, amigo PALOMO, como compañero de viage á

Juan de Serrallonga.»





LA GRAN PIÑATA DE LA MAMBIERIA.

Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.

Ayuntamiento de Madrid



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 24 DE FEBRERO.

Los laborantes han visto que los *hombres* de esta tierra tienen oídos de mercader, y que, además de no quererlos reconocer, ni escuchar sus cuitas quieren; se han dirigido á los *niños*, que son los únicos inocentes que quedan por engañar, para pedirles auxilio en sus imperiosas necesidades.

Así veo que se anuncia para mañana por la noche en Cooper Institute, un "concierto desempeñado por 100 niños, y cuyo producto se destina á socorrer á los cubanos necesitados de esta ciudad, bajo cuya denominación van comprendidos casi todos los laborantes.

Ya ves, JUAN PALOMO, como la causa va en descenso lo mismo aquí que en la manigua.

Los *ancianos* Senadores del Capitolio la han rechazado hace tiempo: los *hombres* sensatos no tienen para los laborantes más que una sonrisa de compasión: ya no les quedan más simpatías que las de los *niños*, y estos pronto se cansarán del juguete.

¿Qué les quedará entonces para implorar la caridad? ¿Los niños de teta? ¿Quién sabe!

Ellos no podrán dar conciertos; pero una exposición de *frutos* de la insurrección, de productos de la fabricación maniguera, no dejaría de producir buen resultado y de atraer algunos curiosos, que por ver animales tan raros, soltarían con gusto su dinero.

No olviden esta idea los vergonzantes, ellos que están siempre á caza de proyectos con que explotar la credulidad *yankée*.

Ya el famoso Quesada ha sacado impunemente su pellejo de la isla: no tardarán en seguirle Jordan, Aguilera, y el nunca bien ponderado Manolo, si encuentran la puerta abierta; pues bien, que se reúnan, que vengan y que se enseñen, y yo les aseguro que han de ganar más dinero que el que ha perdido Aldama en las expediciones.

Y apropósito: te participo que se está preparando otra; que ya están acuartelados la mitad de los que han de componerla; que serán, si no falta nadie, quinientos hombres; que piensan salir el sábado, si el tiempo y las autoridades lo permiten, y que son casi todos cubanos ateridos y aletargados por el frío, que prefieren arriesgar su vida ántes que permanecer en este hospitalario clima.

A la verdad, sentiría que les pusiesen impedimento á su salida; porque esa expedición, si efectivamente se lleva á cabo, nos librará de quinientos alacranes cuya sola vista repugna é irrita; mientras que es más fácil dar buena cuenta de ellos si desembarcan en Cuba, que si se quedan aquí haciendo el oso por las calles.

Porque parece que esas que llaman simpatías americanas, son unas *úrs* tan flacas, que ni siquiera dan caldo para la sopa.

La *Liga* no liga por más que hace, y el siguiente principio de una carta que una Mrs. C. S. Sedgwick ha dirigido al Tesorero de la «Sociedad Cubana de Socorros» y que publica el *Sun*, dice mucho en pocas palabras.

Ahí va la carta:

«Muy señor mío: respondiendo á la súplica en favor de Cuba que ha dirigido al público esa sociedad, remito incluso un pequeño donativo, \$16, para que se emplee en beneficio de la causa que defiende. He demorado el hacerlo porque esperaba hallar simpatías más generales y generosas entre mis amigos y poder aumentar grandemente la referida cantidad. Pero parece que el público todavía duda que exista realmente una guerra en Cuba, y por más que debidamente calculamos los sufrimientos que ocasiona una sangrienta guerra civil y los deberes que á la humanidad impone, sin embargo, las mentiras y amenazas españolas y otras influencias que tan bien saben poner en juego los poderes del averno (?) han amortiguado los sentimientos y pervertido la razón de nuestro pueblo de un modo maravilloso.»

Esto dice una contribuyente al fondo cubano, una romántica lectora de las aventuras de esos caballeros corrientes de la manigua (que corren demasiado para ser andantes), tales como las cuenta y relata ese modelo de libros de caballería que se llama el *Sun*.

Y vá de cartas.

El *Cazador*, ó sea el corresponsal que en esa tiene el *World*, que acostumbra á cazar con carabina Spencer, aconsejaba á sus paisanos de una manera encubierta al final de una de sus cartas, que celebrasen el entierro del alemán Greenwald con una demostración ruidosa.

Pues bien, á pesar de ese consejo y de las ganas que tenían los laborantes de ponerlo en práctica, no hubo más ruido en la demostración que el que hicieron los

pocos carruajes que formaban el cortejo al rodar sobre el piso de la calle.

El *Sun*, al dar cuenta de la ceremonia, dijo: «que mientras pasaba el cortejo fúnebre por la calle 1ª, se incorporó una hermosa cubana, hija de uno de los individuos de la Junta, solicitando tomar parte en las honras; lo cual fué concedido, siendo la única cubana presente.»

En cuanto la buena de Doña Emilia leyó este párrafo, exclamó para sus adentros:

«Esta es la mía. El *reporter* ó gacetillero del *Sun*, ó es corto de vista ó tiene cataratas, aunque bien pudiera decirse que ha visto más de la cuenta; pero ya que ha cometido la indiscreción de descubrir lo que ni con velo he podido ocultar en mi vida, bueno es que sepa el público á quién pertenecía ese hermoso palmito de que habla el *Sun*. Como dice además que era la única cubana presente, no puede haber equivocación: se refiere á mi persona.»

Tal fue el monólogo que se hizo Doña Emilia y que dió por resultado la siguiente carta:

Al director del *Sun*.

«Muy señor mío: En el relato que hace V. esta mañana del entierro de Greenwald, dice V. «que una señora cubana, que llegó tarde, solicitó permiso para acompañar el fúnebre cortejo; siendo la única cubana que se hallaba presente.»

«Aunque es cierto que fui la única cubana presente, estoy segura de que muchas más de mis compatriotas hubieran asistido á la ceremonia; si esta no hubiera tenido lugar con tanto apresuramiento, y tales tapujos, como si realmente se temiera á los voluntarios españoles en esta ciudad.

«Como vivo en el campo, era ya demasiado tarde cuando llegué á la casa del enterrador, á donde fui con una corona de flores naturales, para colocarla en las sienes del difunto; pensando además cubrir el ataúd con una bandera cubana.

«Siento tanto más esa tardanza, cuanto estaba resuelta á demostrar que si el pueblo americano tiene miedo á los españoles, las señoras cubanas ni los temen, ni los temerán jamás.

«De V. con el mayor respecto,

«EMILIA C. DE VILLAVERDE.

«Mott Haven, N. Y. 17 de febrero.»

¿Con que pensaba Doña Emilia cubrir el ataúd con la bandera cubana!

¿Cómo ha debido convencerse de que ese trapo solo ha de servir para mortaja!

Eso de que las señoras cubanas no temen á los españoles, ya sé yo en qué sentido lo dice Doña Emilia, que juzga por sí misma á sus paisanos.

¿Qué ha de temer ella á los españoles! Más fácil fuera que éstos, al verla, se espantaran y echaran á correr como si huyeran del demonio.

JOHN-BULL

## FABULAS.

## I.

## LA LIBERTAD (1).

Cuba en sus ensueños vió una libertad fingida, y dando riqueza y vida, á la lucha se lanzó; pero pronto comprendió que era mentira soñada.

*De sus errores guiada,  
por no consultar al juicio,  
así vuela al precipicio  
la razón desenfrenada.*

## II.

## LA BANDERA ESPAÑOLA (2).

Huyendo del lazo hispano un mambí, falso cubano, en la manigua se entró.  
—«¿Consigo al fin mi deseo!  
¡Soy feliz! ¡libre me veo!»  
con regocijo exclamó.

Mas cuando á alegrarse empieza, vé que asoma la cabeza un voluntario español.  
Llama á Céspedes; en vano, porque allí el traidor cubano la vida al punto perdió.

(1) Parodia de la de Samaniego, *La Paloma*.

(2) Parodia de la de Teodoro Guerrero, *El Hogar paterno*.

*No abandones la bandera  
que te dió sombra y amor,  
que acaba de esa manera  
el que á su patria es traidor.*

## III.

## LOS DOS MAMBISES (3).

Por entre unas matas,  
veloz como el viento,  
no diré que corre,  
vuela un insurrecto.

De entre la manigua  
sale un compañero,  
y le dice:—¡Tente,  
amigo! ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? responde;  
sin aliento llego,  
pues dos catalanes  
me vienen siguiendo.

—Sí, replica el otro,  
por allí los veo;  
no son catalanes.

—¿Pues qué son?—Ligeros.

—¿Qué! ¿ligeros dices?

Sí: como mi abuelo;  
son dos catalanes:  
bien vistos los tengo.

—Son ligeros; vaya  
que no entiendes de eso.

—¿Qué son catalanes!

—¡Digo que ligeros!»

Los soldados llegan  
en este momento,  
y á los dos mambíses  
hacen prisioneros.

*Los que por cuestiones  
de poco momento  
dejan lo que importa,  
llévense este ejemplo.*

JUAN SIN-MIEDO.

## CUENTOS DE MANIGUA.

## CUENTO SEGUNDO.

## LA SANGRE Y LA TRADICION.

## I.

«Estos, Fábio, ¡ay dolor! que ves ahora  
campos de soledad, místico collado,  
fueron un tiempo Itálica famosa.....»

Esa magnífica exclamación de Rioja se escapa de mi pluma, como un quejido del alma, al empezar mi segundo cuento. Cuba fué también famosa, como Itálica, y hoy vé convertidos sus campos en palenques de guerra. Allí dónde no se oía más que el tiple del enamorado guajiro, asorda los aires el bélico clarín, y las enhiestas palmas, ántes mecidas suavemente por las brisas tropicales, hoy se estremecen al rugir de los cañones. ¡Ah! ¡qué tiempos tan plácidos aquellos en que se desconocía el desbordamiento de las pasiones, que hace enemigos de hermanos y que trae á los labios la perenne maldición!

Cuba dormía en el sueño enviciable de la ignorancia, como la púdica virgen que no ha sentido agitar sus nervios en el calor de la orgía y que goza en la tranquilidad de la virtud modesta y del amor sin tempestades, ajena todavía á los sacudimientos impúdicos del libertinaje. ¡Ah! ¡dichosa entonces ésta tierra clásica de la ternura, de la lealtad, de las nobles hospitalidades! Ignorábase aquí que en la calma de un cerebro que elaboraba solo combinaciones con guarismos para atesorar una fortuna, podía estallar una tormenta y desencadenarse las pasiones, encerradas allí como los males en la Caja de Pandora; ignorábase aquí que el corazón, lleno de calma y de amor, encerraba odios irreconciliables; que los hombres de proverbial dulzura, fanatizados por el error, podían convertirse, al resplandor de una idea, en sicarios y en salvajes; ignorábase que aquellos campos de eterna verdura, eran la capa engañosa de un volcán que quería estallar.

¡Pobre Cuba! Inadvertida se dejó seducir por el embustero halago de la serpiente tentadora, prestó el oído á falaces promesas de felicidad, dejó deslizar su pié por la pendiente resbaladiza, y hoy llora su triste desengaño. ¡Libertad! ¡Eres un nombre muy bello, pero no eres más que un nombre!

(3) Parodia de la de Iriarte, *Los dos conejos*.



La felicidad, ese problema del género humano, se había resuelto en esta tierra acusada de tiranía; la libertad de pensar, la libertad de obrar, todas las verdaderas libertades, habían tomado aquí asiento, sin dar entrada á esas teorías que no sirven más que para revolver el mundo y engañar á las enfermas imaginaciones. Mientras que el Universo se retorció entre dolorosas convulsiones, obedeciendo á ese malestar profundo que se llama política, Cuba descansaba á la sombra de su riqueza, gozando con su ignorancia, que era el impulso de su prosperidad; y á pesar de su pequeñez era el precioso diamante, objeto de la codicia de todos. El arado surcaba una tierra que no se había regado con sangre; la pólvora no había inflamado el espíritu de sus pacíficos habitantes; el rencor no había llamado á las puertas de los hermanos para levantar la barrera de la irreconciliación; el germen de la venganza no había brotado de su suelo; todos se amaban en silencio, y la música era el acorde que adormecía las almas. El trabajo era el impulso; el oro, el sueño. La paz envidiable animaba con su dulce bienestar.

La hidra de la revolución levantó su cabeza para sembrar el espanto y el exterminio. Al sacudimiento se conmovió la isla, y el grito de guerra sublevó los ánimos; el fantasma escribió en su bandera el nombre de libertad para arrastrar á los ilusos, y la libertad produjo el cambio del cuadro, sin comprender lo que perdía. ¡Ah, libertad! ¡Eres un nombre muy bello, pero no eres más que un nombre!....

## II.

Estamos en Setiembre de 1868. Voy á empezar mi cuento un mes antes de estallar la maldita revolución que ha desolado la Isla de Cuba; era entonces feliz, como acabo de diseñarla en breves pinceladas; y de ese modo podrá apreciarse la diferencia del cuadro cuando ya presente tal como hoy está, devorada por el cáncer que la aniquila.

Llevo al lector á una vega, situada entre Bayamo y Manzanillo, que será el punto central de mi nueva historia, y encontrándonos cerca de Yara, hemos de gozar á su tiempo de los primeros movimientos de las comparas que salieron al campo para representar la máscara que bautizaron con el nombre de Independencia de Cuba. En la pobre casita, vivienda del cultivador del tabaco, conoceremos á D. Cosme San Feliú, veguero honrado, natural de un pueblo de Cataluña, que con su residencia de treinta años en la Isla, solo conservaba su acento provincial muy pronunciado y su afecto á las barras, que representaban para él el imperecedero amor á la patria. Amaba á Cuba, donde había encontrado la muger que arrancó á su corazón las primeras palpitaciones, y que había perdido al darle una niña, que amaba con frenesí y á cuya educación se había consagrado mandándola á Santiago de Cuba para que se ilustrara.

Cuando Adelaida volvió al lado de su padre, este se asombraba de que una mujer supiera más que él, y sobre todo, de que supiera tantas cosas que él no comprendía lo que significaban ni para qué servían. Oía á su hija hablar del movimiento de los ástros y de las divisiones del globo terráqueo, y encogía los hombros, diciendo que como él no pensaba viajar por el cielo, ni siquiera por las capitales de los mundos, nada adelantaba con perder el tiempo en aprender lecciones inútiles; pero la verdad es que se le caía la baba oyendo á su *noya* determinar su sabiduría, y no le pesaba haber gastado el dinero en enseñarla.

Adelaida era una joven de diez y ocho años, que con razón encantaba á su padre, pues sin disputa era la niña más bella del campo, y gozaba de crédito en todo el departamento Oriental, donde era apreciado D. Cosme por sus buenos antecedentes. Así, no debe extrañarse que muchos jóvenes hubiesen pretendido á la graciosa criolla, determinando su envidia el día que ella prefirió al que supo herir la fibra delicada de su corazón.

Adelaida era alta, esbelta y de buenas formas; trigüeña, con ojos muy negros velados por ojeras; boca grande y juguetona, con magníficos dientes; de carácter vivo y algo impetuosa como toda persona nerviosa; de imaginación ardiente y de alma impresionable.

Era la hora de la siesta, en que el sol encoge las hojas de los árboles y adormece las plantas y en que el hombre se siente aletargado, no pudiendo sostener el cuerpo que se dobla, ni abrir los ojos que se cierran naturalmente. Los negros dejaron el trabajo y D. Cosme entró en su vivienda; en la sala estaba Adelaida leyendo *El Pájaro*, de Michelet, tan embebecida que no sintió los pasos de

su padre. Este la besó en la frente, quitándole el libro de la mano, y le dijo:

—Muchacha, ¿no sabes ya demasiado? Con tanto como lees vas á armar en tu cabeza una algarabía, que ni tú misma vas á entenderle.

—No lo creas, papá; ¡es tan agradable saber! Cuando el hombre está solo no hay mejor compañía que un libro.

—¡Bah! cuando estoy solo, ó chupo un tabaco ó me duermo como un lirón.

—Oye lo que dice el autor de este libro: «Nosotros, aunque también hemos perdido mucho, no pedimos á la soledad lágrimas tan solo; buscamos en ella algo más que un bálsamo para las heridas del corazón; apetece-mos un cordial que nos permita seguir marchando hácia adelante, una gota de los manantiales inagotables, una fuerza nueva, y..... ¡á las!»

—No entiendo de esa gerigonza sino que el autor, y tú por contagio, quereis volveros pájaros, cansados de ser personas..... ¡Cuando digo que todos los sábios son locos!

Y al pronunciar esta frase, digna de aquel hombre, se dejó D. Cosme caer en la hamaca, dando un prolongado bostezo, precursor de un sueño instantáneo que permitió á la niña seguir gozando de su lectura.

Una hora después, un segundo bostezo anunció que el veguero se preparaba á dejar la hamaca para ir á cuidar de su recolección; y apenas abrió uno de los ojos, exclamó riéndose:

—¿Todavía lees? ¡Qué afición!

—¡Es tan bonito este libro!

—Pero, hija, es más agradable roncar á sus horas. Estas muchachas sabihondas, añadió incorporándose, no sirven más que para perder el tiempo en leer y en hablar con el novio.

—¡Eres injusto conmigo, papá! Yo no descuido los quehaceres de la casa.

—¡Calla, bobona! Era por oírte, pues bien sabes que no me opongo á tu voluntad. ¿Tienes quejas de mí?

—Ninguna; te quiero con todo mi corazón, respondió la niña abrazando á su padre.

—Te han pretendido muchos jóvenes, y como tú sabes más que yo en todo, te he dejado libre para que elijas; de ese modo nunca tendrás que echarme en cara que fui tirano. Creo que Armando nunca me mirará como á un suegro impertinente.

—Armando te quiere como te quiero yo, papaito.

—Y eso que más de una vez te he manifestado que no me gustaba mucho ese joven, y que preferiría á su hermano Guillermo.

—¿Por qué?

—No me explico la razón, pero no me gusta. Tú le amas y ¡buen provecho!

—¡Armando es mejor mozo que Guillermo y más vehementemente!

—¡Ah! ¡eso sí! ¿Mejor mozo y más vehemente? ¡Vea Vd. toda la ciencia del amor para estas muchachas literatas! En teniendo unos ojos graciosos y mucho fuego para hablar, está andado el camino..... ¡Vaya, vaya! cuando digo yo que los libros no enseñan nada bueno! Apenas sabía leer, y mira si escogí una muger excelente. ¡Porque tu madre valía mucho!

Los ojos del veguero se humedecieron, y enjugándose los con la manga de la camisa, añadió:

—El trabajo me llama, hija mía. Ama á tu Armando, que no seré yo quien trate de poner obstáculos á tu capricho; ¡y ojalá que no me engañe en mi ruda manera de apreciar á los hombres! ¡Porque te quiero tanto!.....

—Lo sé, papaito; y espero que el tiempo te probará que eres injusto con el hombre que eligió mi corazón. Armando es muy bueno.

Cuando D. Cosme San Feliú salía de la casa entraba un guajiro, y se estrecharon las manos con muestras de verdadero afecto.

Adelaida estaba preocupada, y el libro de Michelet descansaba en sus rodillas.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

## SARTENAZOS.

EL BANCO DE FRASQUITO FESSER.

Buscando que comer con mucho ahinco, á un banco un perro se subió de un brinco; mas el banco, que há tiempo estaba cojo, al suelo se cayó y le sacó un ojo,

Es espuesto que á trancos ó á barrancos la salvación busquemos en los Bancos.

Parece que ya no es el martes el día aciago de la semana, sobre todo en Francia.

En prueba de ello, es digna de notarse la extraña casualidad de que desde la entrada en el poder del nuevo ministerio, los lunes parecen predestinados á los acontecimientos extraordinarios y más ó menos revolucionarios.

Lunes era el día en que Víctor Noir, fué muerto por el príncipe Pedro Napoleon.

Lunes, cuando la cámara autorizó el proceso contra Rochefort.

En un lunes fué preso el diputado de la primera circunscripción de París en medio de sus electores.

La historia llamará á esta época:

Los lunes de Mr. Ollivier!

\* \*

Nuestro amigo Juan del Sur, corresponsal en Consolación, nos dirige una carta, que no podemos insertar hoy por exceso de materiales, anunciándonos que le ha llegado la hora de montar á caballo y salir á caza de algunos pájaros-bobos, con cuya diversion los obsequia el Comandante general.

El Juan de Vuelta-Abajo promete relatar todas las peripecias de su expedición, y nosotros prometemos transmitirte la relación, en secreto, por su puesto, para que no se enteren más que los de la tierra y los forasteros.

Aguardemos, pues, noticias y detalles de tomo y lomo.

\* \*

El General Parreño, subsecretario que fué del Ministerio de la Guerra en tiempo de Narvaez, ha sido condecorado por el Emperador de Rusia con la Gran Cruz de San Estanislao.

Ya sospechábamos que los grandes servicios de ese caballero habrán sido prestados en el ejército ruso, pues lo que es en el español.....!

\* \*

En Valencia ha tenido lugar una reunión carlista y, según dicen los periódicos, acudió tanta gente, que tuvo que celebrarse en el huerto de la casa.

Entre el verde es donde mejor piensan los carlistas.

\* \*

En el pueblo de Batabanó, donde abundan los buenos patriotas, se han celebrado honras fúnebres á la memoria del malogrado Castañon, costeadas por los voluntarios del pueblo, los del surgidero, la sección de Marina y algunos vecinos. El acto estuvo lucidísimo, según nos escriben.

Y aun hay más que prueba el excelente espíritu que domina en toda la jurisdicción.

Están reunidos los fondos y terminados los trabajos preparatorios para la instalación de un casino que estreche los lazos de fraternidad entre los honrados vecinos, faltando solo el permiso de la Autoridad para que se realice un pensamiento acogido con gran entusiasmo por todos.

¡Bien por los de Batabanó!

\* \*

El carnaval ha pasado alegre, bullicioso, animadísimo y sin que ocurriera ningún suceso desagradable.

¡Pero, hombre, la gente no tiene conciencia!

Vive tan tranquila y feliz; se divierte y baila y come estando en la emigración Aldama, Morales Lémus etc.

¡Parece increíble, señores, parece increíble!

\* \*

El Presidente del Casino Español de Santiago de las Vegas ha tenido la bondad de dirigir á JUAN PALOMO una invitación para el gran baile con que la sociedad ha celebrado su inauguración.

JUAN PALOMO no pudo asistir, y lo siente, pero agradece mucho su atención al Sr. Presidente y á todos los individuos del instituto.

Señores, muchas gracias!

\* \*

Al hablar la nunca bien ponderada Vieja-verde de sus cuadros plastones, dice que los Estados-Unidos es un país donde todo les es contrario.

¿Qué? ¿Pues y las simpatías? ¿Pues y los bombos á esa gran república modelo? ¿Pues y los ardientes deseos de anexión?

A veces los locos dicen grandes verdades.

\* \*

La señora Caraboba de Vieja-verde, cansada de lanzar trapos al aire y de perder el tiempo en tonterías, se ha dedicado á lo positivo, buscando recursos para aliviar las escaseces de los cubanos. ¡Tela larga hay, doña Emi-



lial ¿Qué creerán ustedes que ha ideado? Dar funciones mixtas. ¡Cuidado con la palabrita! Representar cuadros plásticos, con niños pertenecientes al coro de una iglesia católica. ¡Pobres niños! ¡En qué manos han caído para ilustrarse!

Dicen que los cuadros no son plásticos, sino una plasta.

\* \*

¿Se acuerdan ustedes de los ejércitos que soñaba Don Quijote, y que su delirante imaginación derrotó, resultando ser carneros?—Pues hé ahí á la demente *Revolucion*, que soñando también dice:

«Es positivo que Goyeneche ha tenido más de dos mil bajas en su derrota.»

«En las Villas han sido copados cuatro campamentos españoles.»

Con noticias de esta clase se *entretiene* el espíritu de los ilusos.

¡Qué noticiones habrá llevado allá el bribón de Quesada!

\* \*

El organillo de los rebeldes, la demente *Revolucion* de Nueva-York, la emprende con nuestro amigo Teodoro Guerrero por haber escrito la biografía de Castañón, y después de tener la desfachatez, por no decir otra cosa, de asegurar que al director de *La Voz de Cuba* lo mataron en buena ley (ya sabemos lo que en todas sus acepciones es *ley* para el violon rebelde), dirige algunos piropos al señor Guerrero, que acaban con el siguiente:

«Usted es español y no entiende ni ha entendido nunca lo que es ser cubano.»

Al leer estas palabras, se dibujó una sonrisa en los labios de nuestro amigo Guerrero, el cual asegura que si ser cubano es ser traidor á la madre patria, vagar por los espacios *ideales* del crimen y simpatizar con los asesinos, él no puede ser cubano de *La Revolucion*. Sus ideas son conocidas: ama la tradición; quiere á Cuba española.

\* \*

Al ver que de la manigua  
Sacó virgen á su espada,  
De admiración se santigua  
El ciudadano Quesada.

\* \*

Hace noches oímos á un voluntario, que rinde á un mismo tiempo culto á Marte ó á Venus, la siguiente copla, con la cual estamos completamente de acuerdo.

Aunque soy voluntario,  
Niña preciosa,  
Mira, que no te quiero  
Voluntarica.

\* \*

Creíamos que al finalizar el Carnaval desaparecerían todas las caretas, pero vemos que algunos *laborantes*, no solamente las conservan, sino que siguen completamente disfrazados de españoles. Mucho ojo con esas máscaras patrióticas.

\* \*

Es tanto el amor que á Cuba  
Le tiene Pancho Aguilera,  
Que quiere, cuando se muera,  
Que lo sepulten en *cuba*.

\* \*

Aquel bordado pendón  
Regalo de Villavieja,  
Prueba que la insurrección  
Nació con infáusta estrella.

\* \*

Los cubanos emigrados han celebrado un *meeting* en el club que tienen establecido en Nueva-York.

El organillo defensor del asesinato, relata la sesión de un modo que no hemos podido entenderlo, por eso no podemos decir lo que allí pasó.

Solo nos hemos enterado de que el Dr. Ruz, tiene una *palabra colorido*, un *juicio viril* y una *sinceridad nativa* que darían un hombre *continuo*; en donde hoy dan un orador.

Se enteran ustedes?

Qué clase de hombre será ese Sr. Ruz, que por lo visto varía de forma, aunque se abriga esperanza de que llegue á ser un hombre *continuo*?

Hoy parece que es nada más que un orador; mañana será un hombre.

Me tranquiliza esta declaración del papelucho mambi.

\* \*

Aún se prolonga más el laborantismo.

«La rectificación de Zenea, dice, es hermosa para él; contestó con perfecta posesión de sí mismo.»

Con que fué hermosa para él solo? por lo visto para los demás sería fea.

Pero, vamos, ya sabemos que el Sr. Zenea se posee á sí mismo, lo cual no es poco poseer en los tiempos que corren por la patria *ideal* de los mambises.

Sépalo el mundo: Zenea es propietario..... de su persona en un país *increado*.

\* \*

Ya escampa.

«Tenía que defender el nuevo pensamiento un joven generoso, de atrevida fantasía y de recto corazón, para quien toda concordancia con su inquieto imaginar, es un motivo de fiebre saludable.»

Sosténganse ustedes que me voy á desmayar. ¡Oh *la-berintica* literatura de los mambises! Oh, sabio inventor de las *fiebres saludables* y de las concordancias con el *inquieto imaginar*, me has partido!

\* \*

Si el grito de «Cuba libre»  
Por algo á Aguilera gusta,  
Es porque mucho se acerca  
Al grito de «libre cuba.»

\* \*

—Aquí estoy yo, después de hacer más de lo que esperaba, ha dicho Quesada á la junta de Nueva-York.

—Pero qué ha hecho usted?

—Salir con el pellejo sano; le parece poco?

\* \*

Ha regresado el Excmo. Sr. Intendente de Hacienda de su provechosa visita á varios puntos de la isla.

Ha salido á la mar el General de Marina Sr. Malcampo. Unos van y otros vienen, y el país sale ganando con estas idas y venidas.

\* \*

Huyendo del bullicio de la Habana y buscando en el campo los placeres de la caza, han aprovechado algunas personas distinguidas el paréntesis que ofrece el Carnaval, y en alegre romería se trasladaron á Baimoa para desde allí correr tras los venados y las gallinas de Guinea del cafetal *San José*, de D. Prudencio Alentado, y del ingenio *Dolores*, de D. Juan Armenteros, que se esmeraron á porfía para obsequiar con la esplendidez, finura y cariño que los distingue á sus huéspedes, entre los cuales figuraban señores tan respetables como el general de artillería, Suarez Vigil y Arezpochoaga, y guasones como Sainz, Tellería, Lopez de Ayala, Heraud, etc. En esta *rumbantela* de gran tono ha reinado una animación deliciosa, y JUAN PALOMO, en nombre de los expedicionarios, no puede menos de demostrar públicamente su gratitud á sus dignos comensales.

\* \*

De nonnata República  
El Presidente,  
Se nombra un leguleyo  
Que llaman Céspedes;  
Cosa no estraña,  
Pues siempre ha defendido  
Las malas causas.

\* \*

Anuncia *La Revolucion* con el mayor estrépito (*pro domo sua*) que Enrique Piñeyro se lanzaba á la celebridad, ofreciendo una lectura pública sobre el General San Martín, libertador de Buenos Aires y el Perú. ¿Buenos? *Malos-Aires* corren para pseudo-literatos como Piñeyro, que buscan por mal camino el filón perdido del Perú.

¡Ay, pistonudo Piñeyro! al verte esplotar ideas tan pobres, digo que el refrán no miente: á cada puerco le llega su *San Martín*.

\* \*

Al saberse en los campos del Camagüey que Quesada estaba fuera del territorio, celebraron un *meeting* las reses vacunas, y un novillo de empuje pronunció un discurso que acababa con estas entusiastas frases:

«¡Ya somos libres! ¡Se fué el tirano que nos aprisionaba!»

\* \*

Y al saber en los Estados-Unidos que había llegado Quesada, todas las reses han emigrado al Canadá, buscando refugio contra la costumbre del célebre cuatrero. ¡Oh poder de la popularidad!

\* \*

Pasa de mil trescientos pesos lo recolectado en la plaza de toros el domingo último, después de deducir los gastos, en la corrida que ofreció el primer batallón de Ligeros, á favor de los huérfanos de nuestro inolvidable amigo Gonzalo Castañón.

Bien por los valientes del primero de Ligeros, hermanos de armas del mártir de la patria en Cayo-Hueso!

\* \*

En la próxima semana debe llegar á esta ciudad el enérgico escritor D. José Ruiz de Leon, que en tiempos no lejanos tuvo á su cargo la dirección del *Diario de la Marina* y que es posible se encargue ahora de *La Voz de Cuba*, encomendada interinamente á nuestro amigo y compañero D. José E. Triay.

Sea para bien, que así continuará la gloriosa historia de ese periódico, adalid incansable de la causa española en Cuba y de los principios liberales proclamados por la revolución de Setiembre.

\* \*

Atención, señores, que la cosa promete.

Si han estado ustedes este Carnaval que ya pasó, en el teatro de Tacon, si se han divertido con los bailes allí ofrecidos, y tuvieron ocasión de apreciar el orden y la alegría que en aquel recinto reinaron, no les digo á ustedes nada de lo que podrán gozar hoy domingo, que se efectúa en el mismo sitio un gran baile de Piñata; y en que mediante la suma de dos escudos de plata, ó un peso bien pesado, pueden no solo bailar y bromear, sino obtener un colosal ramillete de esquisitos dulces y un magnífico aderezo para señora, todo lo cual se rifa á las dos de la madrugada, dándose al efecto, con el billete de entrada, un número para la suerte á cada concurrente.

Y con eso, con saber que hay dos magníficas orquestas que tocarán alternativamente y que dirige D. Elías Alfaro, y con un bizcocho, hasta esta noche á las ocho.

\* \*

## GEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

## CUBA CONTRA ESPAÑA.

APUNTES DE UN AÑO PARA LA HISTORIA DE LA REBELION  
DE LA ISLA DE CUBA,  
POR

D. VICENTE GARCIA VERDUGO.

La importancia de este libro, publicado recientemente en Madrid por persona tan autorizada, testigo presencial, en Cuba, de la mayor parte de los sucesos que refiere, el patriotismo que rebosan sus páginas y el interés de palpitante actualidad que encierra, hacen inútil todo elogio. El volumen es de 420 páginas, contiene la relación histórica de la revolución de la Isla, estudios imparciales sobre sus causas y sus efectos, apreciaciones filosóficas sobre su trascendencia, y documentos importantísimos, muchos de ellos desconocidos, que el autor recogió durante su permanencia en la capital del Camagüey.

El agente general de esta obra en la Isla de Cuba es *La Propaganda Literaria*, calle de la Habana núm. 100, donde se vende á 12 rs. fts. el ejemplar, y en el interior en casa de sus agentes particulares.

IMP. MILITAR, RICLA 40.